





### **Roberto López Pérez**

Nacido en Las Palmas de Gran Canaria en 1992, este experto ornitólogo se inicia muy joven en la literatura, marcado por la novela «Sabor a hiel», obra cumbre de la genial periodista Ana Rosa Quintana.

Será, sin embargo, el descubrimiento y estudio de la prosa de María Teresa y Terelu Campos lo que supondrá el gran salto evolutivo en la carrera de Roberto López, que las califica como influencias indispensables para su proceso de maduración creativa.

### **José Escobedo Bermúdez**

Existe consenso respecto al lugar de su nacimiento (una región peninsular hoy día conocida como Valencia), aunque la cuestión se complica con respecto a la fecha de nacimiento, pues un profesor de Braille dijo haber encontrado en un documento mozárabe la curiosa fecha de 1515 e. c.

No obstante él mismo admitió que el documento podría habersele traspapelado, o hacer referencia a algún suceso totalmente distinto.



Un libro (?) con poco sentido, ninguna mención al gato de Schrödinger y un título largo



Roberto López Pérez  
&  
José Escobedo Bermúdez

**Un libro (?) con poco sentido,  
ninguna mención al gato de Schrödinger  
y un título largo**



# Índice

INTRODUCCIÓN.....	9
La reunión.....	13
Pequeño paseo vienés.....	17
Sujeto D.....	29
Nuestro reloj.....	47
La mañana de Margarita.....	63
Delirio de cordura.....	73
En casa.....	79
No relato.....	93
La inverosímil historia de Clemedente el lunático.....	95
Vida y obra de Sócrates.....	109
Antisueño de un cartero.....	133
Vivo.....	137
Viaje al centro de la nada.....	145
Una noche cualquiera.....	193
Epílogo de viento, ruido y silencio.....	207



## INTRODUCCIÓN

Qué calor hacía aquella noche. Daba vueltas en la cama, pensaba que a ver para qué cojones tenía que ir yo a ese lugar. El planazo que me esperaba consistía en levantar el culo con un par de horas de sueño encima y cruzar Polonia de tren en tren, llegar a un pueblo remoto del sureste del país y pasar allí una semana con otros voluntarios de toda Europa. Yo estaba muy cómodo en mi pequeña ciudad pegada al Báltico, con mis rutinas, mis quehaceres, mis amigos polacos. Era feliz. ¿Qué ganas podía yo encontrar de pegarme tal paliza para estar con desconocidos? Encendí la luz y fui a buscar mi contrato. Como sospechaba, estaba obligado a hacerlo. Volví a la cama, consulté la hora, calculé cuánto iba a poder dormir. Me cabreeé por quinta vez. Hubo una sexta y una séptima.

La semana que pasé en *Kazimierz Dolny* aparece marcada en el directorio de mis recuerdos como una de las experiencias más excitantes de mi vida. En la memoria, uno encuentra una sucesión cronológica de etapas y vivencias que, como si fuera el índice del libro de pociones de un viejo druida, va formando un conjunto que uno puede evocar y reconocer como su vida. En la mía, la pieza que corresponde a aquella semana resulta imposible de encajar en el gran puzle: ni el lugar, ni las vivencias, ni la buena gente que allí conocí se repiten antes o después. O casi.

Hablo conmigo constantemente, actividad a la que llamo pensar. Cuando conocí a José, en el pueblo polaco de Kazimierz Dolny, tuve la sensación de estar conociéndome en otro cuerpo, de estar hablándome fuera de las paredes del córtex cerebral. Pudiera pensar el lector menos empático que esta circunstancia hace de José una persona del todo prescindible para mí. Nada queda más lejos de la realidad, sobre todo si uno profesa el noble arte del narcisismo. Además, siempre quise haber sido rubio.

José y yo compartimos, en adición a la manía fea de crear personajes para regalarles penurias y desdichas, afición por el ajedrez y el tenis de mesa. Mantiene uno una ligera ventaja en dominios de la pelota de celuloide, y otro sobre el tablero de sesenta y cuatro casillas. También amamos divagar, y divagar juntos, pensar la vida de las formas más heterodoxas y llevar la cognición al abstracto. Así, divagando y jugando, pasamos aquella semana en aquel remoto pueblo polaco, y así hemos continuado desde entonces. Y es este, lectora o lector, el motivo que, sospecho, nos llevó a la idea de escribir juntos. No es este sino el producto del amor entre dos amigos.

A José Escobedo.

Roberto López Pérez





## La reunión

OCURRIÓ QUE CINCO PERSONAS SE ENCONTRABAN REUNIDAS tratando de hallar respuestas. ¿Que qué respuestas? Todas.

—En primer lugar —dijo una de las personas—. ¿Qué hacemos aquí reunidos?

—Buscar respuestas —contestó otro ser.

—¿Estamos todos de acuerdo? ¿Matías?

No hubo réplica.

—¿Es que nadie se llama Matías? —Rascó su barbilla—. La verdad, no sé por qué he dicho Matías. ¡Ni siquiera conozco mi nombre! ¿Acaso tengo uno?

Se hizo el silencio, hasta que habló alguien que no había hablado todavía.

—¿Somos personas?

Hubo consenso en que eran personas.

—Bueno, pues ya sabemos algo. Somos personas, personas buscando respuestas.

Habló quien faltaba por hablar.

—El hidrogenocarbonato de sodio se obtiene mediante el método Solvay.

Todos celebraron tal alarde de conocimiento, incluyendo quien lo había dicho.

—Excelente, excelente. Apuntemos, que alguien apunte eso. ¿Sabes algo más?

—Lo siento, es lo único que sé.

—Bueno, ya es mucho.

Una de las personas apuntó en un papel todo lo que que tenían hasta entonces, y procedió a leer: «somos personas, buscamos respuestas, el hidrogenocarbonato de sodio se obtiene mediante el método Solvay». Hubo satisfacción, y se recrearon en todo el conocimiento que ya habían adquirido, hasta que recordaron que debían buscar más respuestas, pues tenían tres, y las necesitaban todas. Alguien habló.

—Siguiente cuestión: ¿estamos sentados, o estamos en pie? ¿Nos encontramos en algún tipo de habitación, o al aire libre?

Nadie lo pudo saber, y no fue por poco empeño.

—Fuera de toda duda, es extraño que no podamos dar respuesta a tales cuestiones. ¿Será, compañeros humanos, que no podemos ver? —fue dicho.

—Lo desconozco, pero ya tenemos algo más. ¡Apuntador! Apunta que el hecho de no poder dar respuesta a las cuestiones referidas a nuestra postura y localización es extraño.

—¡No! Que el apuntador espere, pues pienso que debemos ampliar esa información. Creo, compañeros, que TODO esto es extraño —se dijo.

Hubo consenso, y el apuntador apuntó que todo esto es extraño y procedió a leer: «somos personas, buscamos respuestas,

el hidrogenocarbonato de sodio se obtiene mediante el método Solvay, todo esto es extraño».

—Vamos por buen camino —fue dicho—. Estamos más cerca de hallar todas las respuestas.

—¡Un momento!

Alguien obtuvo el papel, y leyó y relejó tapando su boca con la mano, y así pasó quinientos noventa y tres años, setenta y siete días, quince horas, nueve minutos y veintisiete segundos, leyendo y relejendo, meticoloso, ese folio escrito con mala letra en el que se leía «somos personas, buscamos respuestas, el hidrogenocarbonato de sodio se obtiene mediante el método Solvay, todo esto es extraño».

—No. Aquí hay un error —dijo al fin, al tiempo que destruía el papel.

—¡Qué has hecho! ¡Has destruido nuestro conocimiento! ¡TODO nuestro conocimiento! ¡DESTRUIDO!

—¡No! —respondió el destructor del conocimiento—. Repito que había un error, un error importante escrito en ese papel: nosotros no somos personas. ¡Y voy más allá! Afirmo sin temor alguno de incurrir en error siquiera nimio que ninguno de nosotros existe.

Tal afirmación causó revuelo, y entre el revuelo volvió a hablar el destructor del conocimiento:

—Creo estar seguro, compañeros, de que estamos siendo escritos.

—¿Cómo que estamos siendo escritos? —fue preguntado.

—Escritos, eso es. Nos encontramos atrapados dentro de un relato, un relato que nos dirige sin que podamos percibirlo.

No sólo fue desoído, sino ridiculizado.

—Menuda tontería —fue replicado, con mucha razón—. Creo que es la estupidez mayor que he visto en todos estos párrafos.

El destructor del conocimiento continuó hablando en su delirio.

—Todo se controla. Todo está siendo controlado. ¡Nuestros pensamientos son dirigidos! ¡Forzados! ¡Dictados! Nuestras identidades han sido erradicadas ¡de raíz! Lean, lean páginas arriba, desde el principio del relato. ¿Acaso ve alguien nombre alguno por alguna parte? ¿Algo que caracterice a alguno de nosotros? ¡No hay individualidades! Seguimos el pensamiento que nos meten en la cabeza, ¡y obedecemos como vulgares ovejas! Así nunca podremos escapar de este relato. Sin sentido crítico no hay escapatoria posible. ¡No la hay! ¡Tienen que hacerme caso!

Sin duda, acababa de coronarse como un auténtico lunático.

—¡Loco! —le fue gritado—. Todos nosotros existimos, y hacemos lo que nos da la gana. ¡Nuestros actos son completamente libres!

El destructor del conocimiento seguía pidiendo que le escucharan, pues quería poder continuar destruyendo todo el conocimiento. El resto, en un acto heroico, arrinconó al destructor y le fue dada una paliza hasta la muerte.

## Pequeño paseo vienés

COMO QUIERE LA GRAMÁTICA, A VECES, ALEJARSE DE LA misma realidad a la que sirve, habremos de contentarnos con decir que Orfeo viajaba en tranvía por una calle vienesa. Pero si nos atuviésemos a lo que es cierto, diríamos que Orfeo no viajaba, sino que era viajado. Su cuerpo era viajado, ya que no se movía: se mantenía sentado en un asiento junto una ventanilla. El hecho de que el exterior del tranvía se transformase no era sino una pura coincidencia y, mientras tanto, el interior se mantenía estático, como el cuerpo de Orfeo, y como su mente, que también era viajada.

El tranvía se detuvo ante un semáforo en rojo. Orfeo apoyaba su cabeza sobre la palma de la mano, la mano se apoyaba sobre su muñeca, y ésta —que no quería ser menos— lo hacía en el codo que reposaba en el saliente de la ventana.

La ventana, por su parte, era mojada doblemente por dos diferentes realidades: la exterior, la de las gotas de lluvia corriendo la superficie hacia abajo; y la interior, la del vaho expulsado por la boca de Orfeo al respirar. Más allá del vidrio se apreciaban las luces de los bares y los restaurantes, el candor tras las cortinas de los vecinos de aquel barrio, y los escaparates de pequeños negocios que, aunque ya cerrados, dejaban algunas luces encendidas, probablemente por motivos estéticos. Las farolas, que eran más bien breves y escasas, colgaban de cuando en cuando en mitad de las calles y callejuelas, suspendidas en negros cables cuyos extremos nacían en fachadas opuestas. Bajo una de esas farolas, y para terminar con la escena, había un hombre que cruzaba la calle en dirección al tranvía.

Lo que llamó la atención de Orfeo fue la forma de caminar de aquel hombre bajo la lluvia. No llevaba paraguas, ni utilizaba capucha. Pese a ello, no caminaba con la típica cara gacha, con el gesto encogido o los pasos rápidos para alcanzar algún refugio. No. Al hombre parecía no interesarle lo más mínimo la lluvia, ni los efectos de ésta al caerle por encima y mojar su ropa. La lluvia le caía con naturalidad, si puede así decirse, y con naturalidad caminaba aquel hombre, indiferente, con la mirada al frente y, tal vez, atento a otros asuntos de mayor o menor importancia. Le pareció a Orfeo que aquella era una actitud bastante acertada: no en balde el agua sólo moja, y una vez mojado ya no puede hacerle a uno mucho más.

Orfeo observó cómo aquel hombre subió al tranvía y comenzó a caminar por él dejando las huellas húmedas de sus zapatos tras de sí. Casi en un acto reflejo, Orfeo quitó la revista turística *Viena: sus 50 mejores rincones* del asiento contiguo, para dejar el asiento libre al desconocido.

—*Vielen Dank, mein Lieber!* —dijo el desconocido.

Orfeo no dijo nada, y el desconocido lo miró de arriba a abajo, arrastrando sus ojos azules lentamente, y deteniéndolos du-

rante unos instantes en la revista que Orfeo tenía en el regazo.

—Perdona —dijo—. No me había dado cuenta de que eras turista. ¡Hola!

—Oh, hola. ¿Cómo va eso?

—Magníficamente, amigo. A un colega lo dejó ayer su mujer. Llevaban dos años juntos, y él ya tenía toda su vida planeada junto a ella. Ya sabes: críos, casa, hipoteca. Está totalmente devastado. Dice que su vida está acabada. Hemos bebido cervezas como cerdos. Toda la tarde.

Orfeo acababa de ver un mosquito gigantesco volando hacia él. Y odiaba a los mosquitos. Rápidamente enroscó la revista y la blandió con todas sus fuerzas por el aire en una trayectoria que debería ser letal para aquel insecto. La revista golpeó con violencia la ventana y, tras el estruendo, Orfeo comenzó a retirar lentamente su improvisado matamoscas. La anciana que se sentaba justo delante observaba con curiosidad, expectante por conocer el desenlace. Nada. El mosquito había huido.

—Comprendo lo de tu amigo. El primer divorcio siempre es el peor.

El hombre asintió con la cabeza, y algunas gotas que pendían de su pelo cayeron sobre su chaqueta. Pero aquello era indiferente: la chaqueta ya estaba mojada. Todo su «él» estaba empapado. Las gotas (o los chorros, más bien) le caían del abrigo al suelo, creando un pequeño charquito redondo. Cuando el tranvía aceleraba, el agua se desplazaba hacia atrás. Cuando, en cambio, frenaba, el agua se deslizaba rápidamente hacia adelante. Son curiosos los procedimientos que tiene la Física para poner las cosas en movimiento, pensó Orfeo.

—Y, ¿qué? —dijo el desconocido—, ¿te está gustando Viena?

—No.

Sólo era una ciudad más. Calles, edificios... lo de siempre. Uno espera viajar a Viena y encontrarse con una capital de la cultura, con música sonando por todos los rincones, con una ópera distinta cada día, con grupos de pintores mostrando su atrevimiento a brochazos y escritores discutiendo sobre los nuevos movimientos en cada café. Al menos lo de la ópera había resultado ser cierto, excepto en el mes de agosto, cuando hacían la pausa estival. Maldita mi suerte, pensó Orfeo. Había escogido el peor mes para visitar la ciudad. Y todo lo que había encontrado allí era que el mito de la ciudad de la música y de la cultura era falso. Malditas mis expectativas. Lo único cultural que queda aquí son las chocolatinas con sabor a Mozart. Y en los cafés no hay pintores ni escritores: sólo turistas. Turistas decididos a ver cada monumento a través de las pantallas de sus cámaras.

El turismo es la gran peste del siglo XXI, se dijo, acude a todos los lugares hermosos del mundo y los devasta, dejando tras de sí un reguero de tiendecitas con souvenirs. Es uno de los tantos hijos tóxicos de la bonanza.

Se preguntó por qué le gustaba a la gente viajar. Él mismo viajaba ahora. También él hacía turismo. Debía ser alguna tendencia natural, biológica. Tal vez una necesidad interna de explorar el territorio, y expandir las fronteras de la zona de confort. Al igual que las hormigas, que caminan erráticamente ampliando sus posibilidades de encontrar comida. Sí, debía tratarse de una tendencia innata, grabada en las secuencias genéticas.

O, tal vez, viajar es una forma de descubrirse a uno mismo, se dijo. Cuando uno viaja conoce a gente nueva, grupos nuevos, situaciones distintas... Y uno se descubre cambiando constantemente los roles de su personalidad, en función de las expectativas y juicios de la distinta gente con que se encuentra. Así que, al viajar, el individuo varía sus roles constantemente y, con tanto baile de disfraces, acaba por descubrir su esencia, lo

que se mantiene siempre estable al margen de las circunstancias... En realidad, lo único malo de viajar es que el resto también lo hace. Maldita turistificación.

Orfeo se giró hacia el desconocido. Pensó que podría ser interesante compartir aquellos pensamientos con él. Y después pensó que, en realidad, no hacía ninguna falta. Apretó la revista enrollada en su mano, preparado por si el mosquito volvía a acercarse.

—Desde luego, amigo —dijo de repente el desconocido—, la turistificación es un hecho moderno.

—¿Perdón?

—Todo eso que decías de la turistificación, la toxicidad de los hijos y esas cosas.

Algo aturdido, Orfeo comenzó a rascarse el brazo izquierdo con el matamoscas.

—Creía que sólo lo había pensado —dijo al fin.

El desconocido sacó un botellín de cerveza de su abrigo y lo abrió haciendo palanca con el respaldo del asiento delantero. La chapa salió disparada y ejecutó varios tirabuzones en el aire antes de caer al suelo y rodar hasta el charquito de agua.

—¿Quieres un trago?

Orfeo negó con la cabeza.

—¿Y un trozo de chocolatina? —El desconocido había sacado una barrita de chocolate—. Es con sabor Mozart.

En algún lugar Orfeo había leído que era descortés rechazar los ofrecimientos de un desconocido. Cogió la barrita de chocolate, la abrió y le pegó un bocado.

«¡*CONFUTATIS, MALEDICTIS!*»

Un coro entero vibraba en las paredes de su mente. Orfeo tragó lentamente y puso ante sus ojos el envoltorio de la chocolatina. Al parecer, masticando la barrita uno podía escuchar fragmentos del Réquiem de Mozart —si es que se puede utilizar el verbo «escuchar» cuando no se utilizan los oídos, co-

mo en el caso de las conversaciones telepáticas, las alucinaciones, o las chocolatinas con sabor Mozart—. Es increíble de lo que es capaz el ser humano con tal de vender un par más de chocolatinas, pensó Orfeo.

La anciana de delante le miraba con los ojos entrecerrados disimulando una risilla. El mosquito estaba posado sobre su moño. Al tener el pelo blanco era imposible no verlo. Pensó que podría atizarle con el matamoscas y quitarle esa risilla de encima. Y después podría excusarse diciendo lo del mosquito. Sin embargo, se sintió un poco decepcionado cuando decidió no atizar a la anciana.

Podría haber sido una situación de lo más singular pero, como siempre, la normalidad se imponía a las ideas brillantes. Se giró hacia el desconocido y le repitió:

—No, no me está gustando Viena.

—¿Tal vez te sientes en contradicción por ser un turista tú mismo?

—En absoluto —Orfeo quedó silencioso durante un instante. Había sentido la necesidad de responder de forma contundente—. Lo que quiero decir es que...

En ese momento Orfeo pegó un pequeño salto en su asiento y observó al desconocido: Éste reía, y... Reía a carcajadas, como un loco, doblándose por la mitad como si fuese un espagueti cocido. Lágrimas le caían desde las mejillas y se confundían con el charquito de agua de lluvia en el suelo, junto a la tapa de la cerveza. Se reía golpeándose las rodillas, o llevándose las manos a los ojos, o doblándose de repente hacia atrás, como si estuviese en alguna especie de trance desternillante.

—¡Oh, hooo! —exclamó—. ¡Por favor!

De repente se desabrochó la chaqueta y la tiró sobre el regazo de Orfeo. Y comenzó a desabrocharse la camisa y a quitársela por el lado izquierdo. Un enorme —monstruoso— mosquito le salió de entre la ropa volando, y volando se alejó hacia la parte delantera del vagón. El ruido de sus alas batiendo el aire, que

rugían como una *Harley*, quedó resonando cuando lo perdieron de vista.

—Perdona —dijo el desconocido, todavía con lágrimas sobre los ojos y abrochándose la camisa—. Tengo muchas cosquillas.

Orfeo le devolvió la chaqueta, y observó que se le habían mojado los pantalones al sostenerla. Se pasó el matamoscas por encima, como si pretendiese secarse. Pero claro, aquello era ridículo (los matamoscas no están diseñados para tales fines), así que dejó caer al suelo la revista turística.

—Decías —dijo el desconocido, quitándose las últimas lágrimas de la cara— que no te estaba gustando Viena.

—Sí... Ya sabes, es una ciudad como cualquier otra. Calles, edificios recubiertos de paredes. Lo mismo de siempre.

—¿Pero?

¿Pero?, repitió Orfeo en su pensamiento. Al parecer el desconocido practicaba la misma indiferencia con la gramática que con el agua de lluvia. Nunca se le había ocurrido utilizar un «pero» de ese modo. El efecto era interesante:

PERSONAJE UNO: Buenos días, cariño. La cena de anoche fue demasiado pesada, posiblemente fue por la carne, y he pasado una noche horrible. La acidez me cruza el tracto hasta la campanilla. Llama cuando puedas a tu prima, por favor, y avísale de que no podré acudir a la reunión.

PERSONAJE DOS: ¿Pero?

No, pensó Orfeo, demasiado estridente. De algún modo al desconocido le había salido mucho mejor. Había sido un «pero» mucho más natural.

—Pero me siento bloqueado, amigo —respondió al final—. Como si sufriera una impotencia. ¿Alguna vez has tenido alguna? Es exactamente lo mismo. Da igual lo que tengas

delante, que...

—...que no se te levanta —terminó el desconocido—. Oye, hermano, ya lo creo que te entiendo. ¡Jui, jui, jui!

Orfeo miró a la anciana de delante. Ésta se giraba hacia él constantemente y le clavaba sus viejos ojos encima, y esto sobretodo lo turbaba si hablaba de cosas como la impotencia sexual o sus sentimientos. Luego decidió no turbarse tanto, y continuó:

—Estoy totalmente bloqueado amigo, veo los monumentos, a la gente a mi lado maravillándose y sacando fotos. Pero yo no siento nada. No creo que me haya cansado de observar la belleza, es simplemente que se me pasó la idea por la cabeza, ¿sabes?, la idea de quedarme bloqueado, y ahora estoy bloqueado. Sabía que si lo pensaba me bloquearía, lo vi venir. Es como cuando piensas en no deprimirte y ya estás perdido, de repente pierdes la cabeza y temes a tu mente, porque piensa cosas sin control. Has perdido completamente el control. Y... Bueno, yo no estoy deprimido, pero es que veo la ciudad y no siento absolutamente nada. No me maravilla, ni tampoco me repugna. Edificios recubiertos de paredes, guitarristas callejeros, cagadas de caballo en la entrada al palacio de Sissí. Todo alrededor me resulta tan ordinario.

—Te entiendo, hermano.

Ningún monumento había logrado hacerle vibrar el alma. Lo más parecido le había sucedido al caminar por algunas calles, prácticamente desiertas, donde había escuchado el eco de sus propios pasos. Viena es una ciudad de callejuelas y calles estrechas, por lo que, sumado al tamaño relativamente alto de los edificios, hace que los ruidos resuenen de una forma extraña en los lugares sin tráfico.

Por decirlo de algún modo, se producen reverberaciones similares a las de una casa sin amueblar.

—En cierto modo envidio a todos esos turistas, tan exaltados y capaces de maravillarse.

El desconocido sacó un segundo botellín de cerveza y, como ya hiciera previamente, lo abrió contra el asiento delantero. La chapa salió disparada y golpeó a la anciana en la cabeza. Ésta se giró levemente durante el segundo que duró su sorpresa, pero enseguida se giró de nuevo hacia delante, indiferente, y sacó una chocolatina sabor Mozart de su bolso. El mosquito seguía sobre su moño. Tal vez se le hubiesen pegado las patas a la laca, pensó Orfeo.

—Ayer murió mi madre —confesó de repente el desconocido.

Como quiere el diccionario, a veces, alejarse de la realidad misma a la que sirve, tendremos que contentarnos con decir que Orfeo continuó en silencio. Pero si no nos contentásemos con los significados prefabricados del diccionario, diríamos que Orfeo se quedó en silencio tras escuchar aquellas palabras, ya que el nuevo silencio era de un corte absolutamente distinto, y cuando ésto es así resulta muy común que uno esté en silencio pero que, de repente, se quede en silencio.

Y es que, durante unos instantes, Orfeo había jugado con la idea de responder: «¿Pero?». Hubiera podido ser una situación de lo más singular:

PERSONAJE DESCONOCIDO: Ayer murió mi madre.

ORFEO: ¿Pero?

—Vaya —dijo finalmente.

La llamada a la normalidad volvía a salirse con la suya. Y ya eran 2:0 a su favor.

—Es broma —dijo el desconocido.

Orfeo asintió con la cabeza. Se había quedado mirando un bar a través de la ventana. Era una especie de pub irlandés con una gran estantería llena de libros. Parecía un lugar interesante

para tomar un café. «*Friedenbrücke*», anunció la una voz femenina desde los altavoces del tranvía, «*que significa: puente de la paz*», continuó la misma voz.

¿Cómo?, pensó Orfeo, ¿la voz del tranvía traduce el nombre de los puentes? ¿Por qué? O mejor dicho: ¿Pero? Y lo que es más, ¿por qué sólo el nombre de los puentes, y no el de todas las calles? ¿O acaso la voz había venido traduciendo también el nombre de todas las paradas anteriores, pero no se había dado cuenta hasta ahora?

—No, el nombre de las calles nunca lo traduce. Además, a veces no tienen ningún significado traducible —dijo el desconocido.

—¿Y por qué sólo el nombre de los puentes?

—Bueno, en realidad los puentes tampoco. Ahora que lo mencionas, es extraño que lo haya traducido ahora, en *Friedenbrücke*. Nunca antes lo había hecho.

Aquello no tenía ningún sentido, pensó Orfeo. No tiene el menor de los sentidos, se dijo.

«*Por cierto*», continuó la voz femenina del tranvía, «*el café irlandés está bien para tomar un café, pero los hay mejores en Viena, señor Orfeo. No ha venido a Viena para tomar un maldito café irlandés. Desde Wiener Linien les deseamos lo mejor a todos los habitantes de Irlanda, pero comprenda, señor Orfeo, que si quiere tomar un maldito café irlandés será mejor que se vaya a Irlanda*».

Se hizo silencio. El desconocido y la anciana cruzaron una rápida mirada. Una mirada cómplice.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Orfeo—. ¿Por qué esa maldita voz puede leerme el pensamiento? Quiero decir: ¡Es una jodida grabación, ¿no?!

—No te alteres, hermano —dijo el desconocido—. Esa voz no puede hacer nada que no hagamos también el resto de los que vamos en este vagón.

La vieja comenzó a reír por lo bajo, y Orfeo cogió la revista del suelo, la volvió a enrollar, y le golpeó con todas sus fuerzas en la cabeza. Ante el impacto, la anciana se convirtió en una nube blanca, como de vapor, y se esfumó en el aire. El mosquito quedó, así, liberado de la laca de su moño, y salió volando hacia la parte delantera del vagón.

—¡Ya me había dado cuenta! —le gritó Orfeo al desconocido.

El asiento donde Orfeo se sentaba comenzó a ceder hacia abajo. Se estaba evaporizando, como lo había hecho también la anciana. Todos los asientos del vagón estaban desapareciendo, convirtiéndose en gigantescas nubes de vapor. Sólo el desconocido seguía en pie, sobre un suelo de algodón y cirros, desternillándose de la risa.

—Perdona —dijo, secándose las lágrimas—, esta vez se nos ha ido completamente de las manos, amigo.

«Eso explícaselo a los lectores», pensó Orfeo.

La chaqueta del desconocido, completamente empapada, se convirtió en vapor. Se esfumó. Lo mismo hizo su camisa, y sus pantalones. Su zapatos sufrieron la misma suerte, y se convirtieron en nubes vaporosas.

Orfeo vio cómo el personaje desconocido se evaporaba completamente ante sus ojos. El eco de sus carcajadas permaneció durante un par de segundos, pero al final también desaparecieron. Todo, absolutamente todo, se había transformado en vapor de agua. El escenario entero era una mezcla de oscuridad y nubes blancas, tenuemente iluminadas por alguna luz llegada de a saber dónde.

Orfeo se encontró totalmente solo. Alargó la mano e intentó agarrar el vapor, pero este se escabullía entre sus dedos. Es cierto que no estaba siendo el mejor relato de la historia, pensó, y que había ido perdiendo credibilidad y fuelle, añadió, pero había tenido sus buenos momentos. Incluso, en algún punto, había llegado a creer que la historia conducía a algún sitio, que tenía

alguna intencionalidad. Algún sentido. Y él lo había intentado hasta el final. El desconocido no se lo había puesto nada fácil, pero Orfeo había intentado meterse en su papel. Actuar con naturalidad. Pero al final había explotado. ¿Qué es la naturalidad, al fin y al cabo?

Todo el relato se había ido al cuerno. A veces sucede. Sólo que los lectores están más acostumbrados a los relatos que terminan y que han tenido un sentido. Que los relatos tengan una razón de ser les tranquiliza mucho.

—En fin —se dijo—, el sentido es una ficción como cualquier otra...

Sintió la voz saliendo de su garganta y convirtiéndose en vapor. Sus dedos, su piel, todos esos elementos que hasta el momento le habían dotado de cierta individualidad, comenzaron a evaporarse. Su propia conciencia. La ficción terminaba, y Orfeo ya no podría seguir siendo viajado.